

metros de La Iliada, Tolstoy ha acordado su lira sólo para cantar la fatiga del minero, la escasez del campesino, la pena de los obreros sin pan, la tristeza de los hogares sin fuego...

Su voz tampoco se ha hecho oír cual la del político inglés en los fastuosos parlamentos. Siempre se ha alzado desde un oscuro villorio de Rusia.

El día que se decidió su vocación de apóstol, abominó sus anteriores obras de indudable mérito artístico mas sin trascendencia social, y abandonando la torre de marfil que le deparaban la fortuna y los privilegios de nobleza, fué a poner su pluma, pincel maravilloso, al servicio exclusivo de un sueño de amor y redención. Desde ese momento no quiso contemplar y pintar otra cosa que la miseria, musa que jamás tuvo sugerencias para el proyecto pintor de los patricios orgullosos y las espléndidas dogaresas.

Su mano poderosa no ha soltado la

pluma sino al golpe de la Muerte. Allí queda una dilatada labor de publicista y luchador para ejemplo de las generaciones venideras. Allí queda también el recuerdo de su vida santa como la de un cenobita, solitaria y enorme como la estepa, gris como el cielo de su Rusia...

¡Corazón generoso que supiste latir unísono con los dolores todos de los hombres, alma valiente y fuerte que no perdiste ocasión de enfrentarte a los soberbios y a los altos, Profeta del amor y la solidaridad humanos, maestro y amigo de los humildes y los caídos, duerme en paz. Tu nombre es y será eternamente para ellos una pica de revolución y un lábaro de esperanza!

Al igual que en las ingenuas leyendas bíblicas que encantaron tu senectud piadosa, los pobres, los desheredados, los haraposos encontrarán ahora que te has ido, viejo León, en el secreto de tu pecho un panal de miel...

Leyendo Ariel

Por nada es tan simpática la revolución social que se prepara, como porque facilitará la cultura de las masas. El obrero, el trabajador de los campos, el hombre oscuro dejará de ser una máquina o un esclavo del surco y podrá pensar y soñar... Tendrá derecho a lo que llama alguien: los ocios nobles, privilegio ahora de una casta.

Nada es tan doloroso, dice Carlyle, como considerar que existe hoy un gran número de individuos en cuyos cerebros no ha germinado nunca una idea. En efecto, si fuésemos a inquirir el objeto de la vida de las gentes, no serían pocas las que nos dirían, como el campesino de Iowa, que ese objeto se reduce, en su concepto, «a sembrar maíz para engordar cerdos y hacer dinero, para sembrar maíz, engordar más cerdos y hacer más dinero.»

Hay, es preciso decirlo, muchas conciencias que duermen en una sombra más espesa que la noche, y en un

vacio más asfixiante que el de la campana de una máquina neumática.

Y esas conciencias no pueden permanecer así. ¿Qué razón hay para que en la sociedad se eternice el monopolio odioso del pensamiento?

Esas muchedumbres que los grandes llaman impuras, son yacimientos de carbón que esperan convertir su negrura en irradiaciones de diamante.

El culto del Ideal no debe ser el patrimonio de unos cuantos, igual que el fuego de Vesta, guardado por las vírgenes selectas. Hay que trabajar para que llegue a ser una devoción universal.

Cuán diferente es el esclavo egipcio agobiado por las cargas de sus amos y verdugos, al ateniense curioso y decidor, que escucha las enseñanzas del Pórtico o las arengas de la Agora, comprende los prodigios y hechizos del arte y se aventura en las especulaciones de la razón. El primero no ha dejado otra cosa que las Pirámides, enor-